LA SÉPTIMA CUERDA

Manuel Ramos

LA SÉPTIMA CUERDA

ESDRÚJULA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, abril 2016

© Manuel Ramos Ramos, 2016
© Esdrújula Ediciones, 2016

ESDRÚJULA EDICIONES
Calle Martín Bohórquez 23. Local 5, 18005 Granada
www.esdrujula.es
info@esdrujula.es

Edición a cargo de
Víctor Miguel Gallardo Barragán y Mariana Lozano Ortiz
Ilustraciones interiores y de cubierta: Patricio Hidalgo
http://www.patriciopinceles.com/
Impresión: Ulzama

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaren, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal : GR 435-2016
ISBN : 978-84-16485-59-8

Impreso en España · Printed in Spain

Adoro la cotidianidad, la sencillez y la naturalidad a la hora de narrar una historia y, más aún, cuando todo unido ayuda a que la imaginación de todos los que leemos, sin darnos cuenta, nos convirtamos en los protagonistas de la que puede ser nuestra propia historia.

Toda persona que decide bucear por el mundo del flamenco y utilizar su experiencia como medio de lenguaje a través del tiempo, debe saber lo importante que son todos los hilos que se encuentran en esta novela de Manuel Ramos: la inocencia y naturalidad de la infancia, la seguridad en la intuición que, a través de los años, se convierte en dudas; la fe y el apoyo de un entorno familiar; la experiencia de quienes realmente siguen engrandeciendo el Flamenco, «maestros».

Y lo vital e imprescindible que es saber llegar, a través de la técnica, a canalizar con el alma un arte que tiene millones de formas de contar, transmitir, sentir, vivir, arriesgar… conocerse y conocer lo que realmente nos conmueve. El deseo sin la posibilidad, acaba siendo un sueño.

EVA YERBABUENA
Premio Nacional de Danza

Aunque la relación entre realidad y ficción es un tema conocido, Manuel Ramos, en La séptima cuerda, consigue unirlas transmitiendo todo lo sorprendente que puede llegar a ser el Flamenco.

Sus recovecos, sus claridades, el laberinto en el que se sumerge quien vive entre lo tangible y lo intangible, descubriendo simultáneamente la profundidad del Arte, que lleva de la mano la curiosidad del artista que nunca se conforma con lo ya existente.

Amamos un «mundo» que no se puede crear en un día, en dos o en tres. Como dice mi maestro, José de la Tomasa, «el Flamenco es una carrera de fondo cuya fuerza es la inagotable ilusión de regenerar un proceso inacabable: la búsqueda de la esencia».

En otras palabras, el equilibrio espiritual entre la realidad y la ficción.

Rocío Márquez
Ganadora Lámpara Minera de la Unión

MANUEL RAMOS: ¿Hacia dónde va el flamenco?

VICENTE AMIGO: Creo que el flamenco se está abriendo a otras culturas, al igual que otras culturas muestran interés por el flamenco. Considero que esto es una necesidad de los propios músicos, algo que refleja la inquietud que siempre ha existido por conocer y enriquecerse de otras formas de expresión con un único horizonte, que es la propia música.

M.R: ¿Cuál debe ser el compromiso de un guitarrista con este arte?

V.A: Yo amo la libertad. Esa libertad que deja a los artistas comprometerse con lo que ellos consideren oportuno. Para mí el compromiso con el flamenco es el compromiso conmigo mismo. Creo que encierra mucho respeto al legado que nos dejaron y la verdadera voluntad de hacer las cosas lo mejor posible.

M.R: ¿Están ayudando las administraciones y los políticos al flamenco?

V.A: Creo que mucho más que antes y ojalá mucho menos que en adelante.

M.R: ¿Qué es para ti el flamenco?

V.A: Por tratar de definirlo de una forma poética diría que

Flamenco es la sal de la mar en mi herida,
batalla ganada y perdida,
locura de los toreros,
flamenco es la sangre mía.

«Donde mueren las palabras, nace la música.»

William Shakespeare

1. NANA

Nana, niño, nana
del caballo grande
que no quiso el agua.
El agua era negra
dentro de las ramas.
Cuando llega al puente
se detiene y canta.
¿Quién dirá, mi niño,
lo que tiene el agua
con su larga cola
por su verde sala?

FEDERICO GARCÍA LORCA

Concha estaba a punto de perder los nervios. Miró su reloj, que marcaba las diez y media, resopló y abrió el bolso para comprobar que no olvidaba nada. Se puso el abrigo largo, cogió las llaves del cenicero y, a pesar de haberse regañado una y otra vez, hizo lo único que le quedaba por hacer: gritar.

—Pero Daniel, ¿qué estás haciendo ahora, por Dios? ¿Tú te crees que tengo todo el día?

Al momento, casi automáticamente, una voz infantil, a sabiendas de que estaba jugándose quedarse encerrado sin ver a sus amigos al menos un par de días, respondió a su madre:

—Es que no encuentro mi tesoro…

—Desde luego, cualquier día vas a perder la cabeza. Está aquí, en el sofá.

Entonces Daniel, un niño de siete años, moreno, espigado, de ojos curiosos y con un aire bastante despistado, apareció corriendo en el salón. Se fue directo al sofá y cogió su tesoro: un coche de policía que le habían regalado. Echó una mirada furtiva a su madre y se abrochó el abrigo antes de que se enfadara todavía más.

—Hala, vámonos antes de que cierren todas las tiendas del centro y me venga con las manos vacías para el cumpleaños de tu abuela.

Se dirigió hacia la puerta seguida de Daniel, que jugaba con el coche haciéndolo volar e intentando que no se le cayera y se hiciese mil pedazos. Concha lo miró con infinita paciencia, sonrió al verlo pasar junto a ella y comprobó que su hijo era plenamente feliz.

Salieron del portal y cruzaron un par de calles hasta llegar a la parada del 31, que los dejaría en la Plaza Nueva. Después, intentaría encontrar algo del gusto de su madre, tal vez una bufanda o unos guantes ya que era muy friolera. Apenas cinco minutos más tarde, el autobús apareció por la avenida y se detuvo en la parada. Concha sacó el bonobús del bolso y la máquina picó dos viajes. Daniel corrió hasta un par de asientos libres y se sentó antes que su madre. Hacía frío y ambos se alegraron de que la calefacción estuviese funcionando.

Corría el mes de diciembre y Sevilla se encontraba con un cielo encapotado y gris. No es que fuese a llover, pero esa luz que brilla en la ciudad había desaparecido durante unos días, extrañando a los ciudadanos que se desplazaban hacia sus trabajos, y a los estudiantes que, con libros en las manos, se dirigían a las universidades intentando aprovechar al máximo el trayecto, repasando por última vez sus apuntes. Concha pensaba en las faenas que le quedaban por hacer antes de que su marido regresara del trabajo y Daniel jugaba con su tesoro, apoyando el cochecito de policía en el cristal de la ventana e imaginando mil historias que solo un niño es capaz de interpretar. Persecuciones a ladrones de bancos, una explosión en algún lugar al que había que llegar con las luces azules y las sirenas encendidas…

Veinte minutos más tarde, Concha y Daniel se bajaron del autobús en la última parada y se dirigieron hacia la calle

Sierpes. El centro estaba abarrotado y Concha agarró instintivamente la mano de su hijo. Faltaban pocos días para Nochebuena y las tiendas estaban saturadas de personas que preparaban las compras y los regalos de reyes. Concha avanzaba distraída y Daniel jugaba llevando su coche por el aire, cuidándose de que no se enganchase con nadie. Algunos extranjeros con cámaras réflex colgadas al cuello caminaban ensimismados, buscando algún rincón mágico cargado de historia que poder plasmar para siempre.

Mientras su madre inspeccionaba los escaparates, una suave melodía fue escuchándose poco a poco y captando la atención de Daniel, que bajó su patrullero en miniatura e intentó localizar la procedencia de aquel sonido. A unos veinte metros, un corro de transeúntes se había detenido para escuchar aquellas notas que se esparcían anárquicamente por el aire. Algunos japoneses hacían fotos a un hombre de unos cuarenta años que, sentado sobre una silla plegable de madera y con su funda abierta en el suelo, arrancaba compases a una guitarra flamenca.

Daniel, por primera vez en su vida, sintió un calambre que recorrió su espalda e hizo que se le erizaran todos los vellos de la piel. Sin saber por qué, pero con la fuerza de una llamada incontrolable que traspasaba su ser, soltó la mano de su madre y caminó hacia el grupo de personas que rodeaban al guitarrista. Concha se detuvo, sorprendida, para ver qué hacía su hijo y cómo se hacía un hueco con su cuerpecillo de siete años entre las personas que escuchaban al músico callejero.

Daniel alcanzó la primera fila y se detuvo a contemplar al guitarrista, un hombre de pelo largo con vaqueros, abrigo y la pierna cruzada a la altura de las rodillas, que rasgaba las cuerdas

a una velocidad endiablada, haciendo que la música arrobara las almas de todos aquellos espectadores improvisados.

Las notas de unas bulerías subían y bajaban como la mano izquierda del intérprete, que recorría las cuerdas que cruzaban el mástil de la guitarra. Daniel no podía apartar los ojos de sus manos, de aquellos dedos que adoptaban extrañas posiciones mientras su mano derecha golpeaba y rasgaba la boca del instrumento. Los sonidos propios del ajetreo de una calle del centro, las voces de los que caminaban hacia sus trabajos, la música estridente que salía de algunas tiendas de ropa, todo desapareció a la vez que Daniel cerraba los ojos y se concentraba en disfrutar y comprender aquellas notas que, sin saberlo todavía, lo estaban calando para siempre.

Un minuto más tarde, el guitarrista remató su toque con un golpe sobre las cuerdas y los aplausos rompieron el silencio que la música había impuesto en aquella céntrica calle. Daniel volvió a abrir los ojos y observó cómo el tocaor se levantaba e inclinaba la cabeza, devolviendo cortésmente el saludo a quienes, agradecidos por el espectáculo, lo aplaudían. Mientras, algunos espectadores se acercaron al músico y arrojaron sobre la funda de la guitarra algunas monedas. Otros se alejaron sin más, continuando con sus quehaceres.

Concha se acercó a Daniel para seguir buscando un regalo para su madre pero, justo antes de llegar a su altura, el niño se acercó al guitarrista, lo miró en silencio y, agachándose, dejó su tesoro junto a las monedas de los demás espectadores. El artista, sorprendido al principio, sonrió y revolvió cariñosamente el cabello al chico que tenía frente a él. Luego se agachó y le devolvió su juguete.

Daniel, de nuevo con el patrullero en las manos, se dio la vuelta y se acercó a su madre, le tendió su mano y, cuando Concha la tomó, comenzaron a caminar en silencio. Daniel acababa de entregar a aquel desconocido guitarrista su tesoro, su más querida propiedad a cambio de nada, de escuchar un par de minutos un poco de flamenco. Concha estaba completamente perpleja; no sabía si reñirle, preguntarle por qué lo había hecho o callarse hasta encontrar una explicación convincente. Al final, decidió guardar silencio.

Concha estaba hablando con la dependienta de una tienda que le estaba mostrando distintos guantes de piel. No había querido dar más importancia a lo sucedido y, tras visitar varios establecimientos, por fin había encontrado algo apropiado para su madre. Un par de mujeres miraban los bolsos; mientras, Daniel observaba a la gente pasar a través del cristal del escaparate. De repente vio al guitarrista que, unos minutos antes, había estado tocando en la calle Sierpes. Caminaba sin prisas, pero con una seguridad interior que Daniel percibió al instante. Llevaba la guitarra a la espalda, sujeta por el asa de la funda, y la silla plegable de madera en la mano izquierda. Daniel siguió al guitarrista con la mirada y, completamente consciente de lo que hacía, tomó una decisión.

Hay quien se pasa la vida preguntándose quién es, adónde va o para qué ha nacido. Pero solo unos pocos afortunados lo descubren, y solo ellos sienten la verdadera felicidad. Aquel frío día de diciembre, recién cumplidos los siete años, Daniel comprendió que había nacido para una sola cosa: el flamenco…

Concha y su marido estaban sentados en la mesa del salón. Paco se acababa de duchar, después de haber trabajado uno de los dos sábados que la empresa había impuesto a sus trabajadores a cambio de no despedir a ningún empleado. Era soldador y llevaba quince años en la misma empresa, que construía depósitos de acero inoxidable destinados a las almazaras de aceite y a las bodegas. Había empezado por casualidad, como ayudante, y con esfuerzo y dedicación, había conseguido alcanzar la categoría de oficial. Tenía un sueldo digno y, a base de horas extras, sacaba a su familia adelante.

Paco miraba el telediario que emitía una de las cadenas nacionales, pero Concha estaba de nuevo al borde de un ataque de nervios. La mesa estaba servida y Daniel seguía sin aparecer, metido en su dormitorio haciendo vaya uno a saber qué:

—¡Daniel! ¿Es que no piensas comer o qué?

Al momento apareció Daniel, con paso tranquilo, bajo la atenta e irritada mirada de su madre y la sonrisa en el rostro de Paco, a quien dio un beso al llegar a su altura. Se sentó y puso sobre la mesa un objeto que llevaba entre las manos: su hucha…

Daniel cogió el tenedor como si nada hubiese ocurrido y pinchó una hoja de lechuga de la ensalada. Concha, extrañada, no podía apartar los ojos de su hijo.

—¿Y eso para qué es, si puede saberse? —preguntó la madre.

—Es para mi guitarra…

El padre, que estaba bebiendo una copa de vino, no pudo evitar reír y atragantarse al escuchar la respuesta, poniéndose a toser ruidosamente. Concha lo miró preocupada hasta que, a los pocos segundos, se recuperó.

—¿Desde cuándo quieres comprarte una guitarra, Daniel? —dijo Paco bromeando.

—Desde hoy, que he decidido ser músico. ¿Cuánto vale una guitarra, papá?

Paco empezó a comer, despreocupado, y miró de nuevo la televisión, donde empezaban las noticias sobre deportes.

—Ni idea, pero tu tío Juan tenía una.

A Daniel se le iluminaron los ojos al momento y su imaginación infantil se desató.

—¿De verdad? ¿Y me la prestará?

Paco miró a su mujer, sonrió ante la insistencia de su hijo y se encogió de hombros.

—No lo sé, supongo que sí. Lo llamaremos después de la siesta, ¿vale?

Daniel asintió, ilusionado.

—Y ahora come, que se te van a enfriar las patatas y empezarás a darles vueltas, como siempre —le reprochó su madre.

Daniel, obediente y con la mente puesta en su nueva guitarra, comenzó a comer en silencio junto a sus padres.

Tres horas más tarde, tras una siesta reparadora, un café y la mirada de cordero degollado de su hijo Daniel clavada en él, Paco decidió visitar a su hermano. Cogió el coche, a sabiendas de que, a su regreso, no encontraría aparcamiento en el barrio y estaría media hora dando vueltas. Cruzó la SE-30, el puente del Quinto Centenario y se presentó en Umbrete, cuna del mosto del Aljarafe. Dio un beso a su cuñada, subió en

brazos a Rocío, su sobrina de tres años, y abrazó a su sorprendido hermano, que no entendía por qué había venido solo.

Una hora más tarde, ya anocheciendo y de regreso a la ciudad, disfrutó unos instantes al ver los miles de parpadeantes puntos de luz que desplegaba Sevilla, la Giralda y las torres de la Plaza de España. Se alegró de tantos recuerdos vividos y miró el asiento del copiloto, donde una guitarra con más de veinte años esperaba unas manos que supiesen arrancar las melodías que guardaba en su interior.

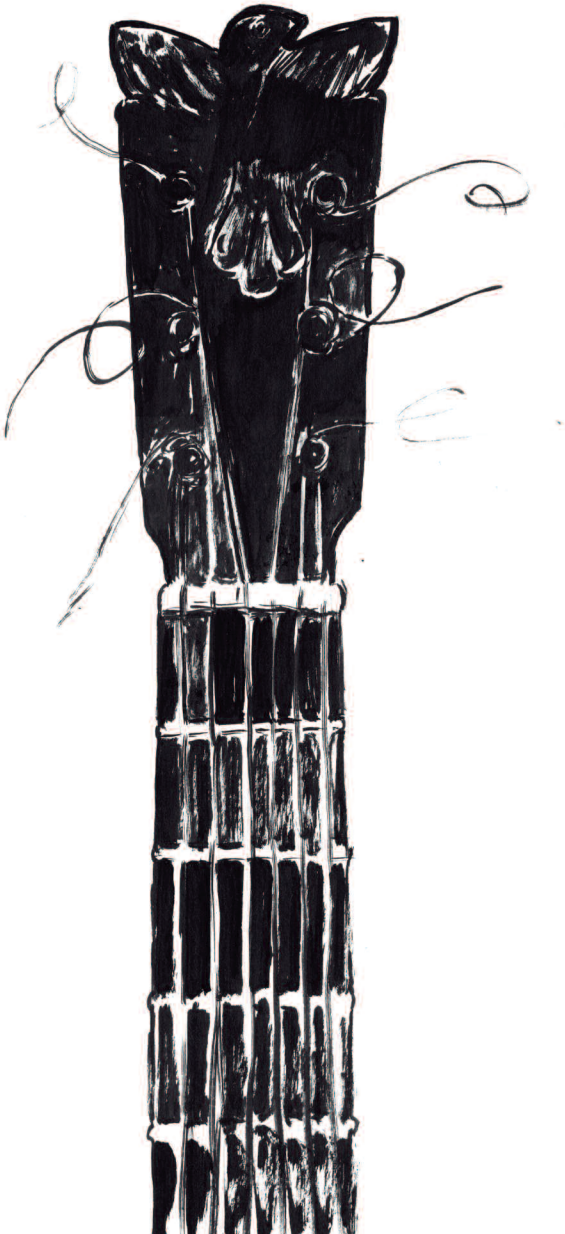
Pensó en Daniel, tan niño pero con tanta decisión encerrada en sus ojos, y en la sonrisa que pondría cuando viese que su padre no había ido a comprar unas revistas sino a casa de su hermano para que le prestase la guitarra, esa que en feria llevaba a la caseta de su distrito y a la que solo había conseguido robar algunas sevillanas que solo a veces se parecían a las originales…

2. ALEGRÍAS

Aunque pongan en tu puerta
cañones de artillería,
tengo que pasar por ella
aunque me cueste la vía.

Dos corazones a un tiempo
se han puesto en balanza,
el uno pidiendo justicia,
el otro pidiendo venganza.

Si vas andando,
rosas y lirios
vas derramando.



Daniel miró de nuevo el reloj de pared, apenas habían pasado dos minutos desde la última vez que lo había hecho. ¿Por qué pasaría el tiempo tan despacio cuando uno más necesitaba lo contrario?

La profesora de matemáticas, *La Lentejita*, aburría como de costumbre a los alumnos de cuarto que, como siempre, eran un espectáculo si sabías observar, y para Daniel era uno de sus pasatiempos favoritos. Su tutora le había dicho a su madre que era un niño muy inteligente pero que se distraía con el vuelo de una mosca. Daniel no estaba de acuerdo con ella: jamás había conseguido ver las alas de una mosca mientras volaba…

La Lentejita escribía con tiza blanca los deberes para el día siguiente (le gustaba utilizar las tizas de colores para subrayar razonamientos matemáticos que la emocionaban), Daniel levantó la vista del cuaderno y observó a sus compañeros. Cornelio, que se peinaba como los apaches; Raquel, rubia y bonita como una muñeca; Gamboa, con la mirada perdida en el infinito; Rosa, con los bolígrafos haciendo juego con sus zapatos; y Jordi, el repetidor, que sacaba una cabeza a los demás, pintaba en las mesas y ponía motes a todos.

Por fin, la sirena atravesó el silencio para acabar con aquel calvario y todos los niños se levantaron como resortes

para recoger sus cosas. De todas las asignaturas que debía estudiar, las matemáticas se le habían atravesado desde el principio. Daniel desechó pensar en ello y guardó su cuaderno, el libro y los bolígrafos a toda prisa, cerró la cremallera y se echó la mochila a la espalda, tras lo cual salió precipitadamente, adelantando a los compañeros de otros cursos por las escaleras.

El conserje había abierto la puerta exterior del colegio y ya se amontonaban algunas madres que, como gallinas nerviosas, esperaban a sus polluelos para guiarlos hasta el nido. Daniel pasó corriendo entre ellas y enfiló la avenida que conducía a su casa, a unos cinco minutos del colegio.

Llegó poco después al portal de su piso, llamó al porterillo tres veces y Concha le abrió sin necesidad de preguntar quién era. Subió las escaleras (su madre le había prohibido que subiese solo en el ascensor, a pesar de haber cumplido ya los nueve años) y llegó hasta la puerta de entrada, que se encontraba entreabierta. Entró y cerró tras él. Desde el salón escuchó el estruendoso sonido de la campana extractora que se había desajustado y sonaba como un tractor.

Concha estaba moliendo verduras para añadirlas al potaje de garbanzos, que estaba casi terminado. Daniel resopló y se aproximó a su madre, que le acercó el rostro para que le diese un beso.

—Tienes diez minutos hasta que llegue tu padre. En cuanto escuches la puerta, sales de tu ratonera y me ayudas a poner la mesa.

Daniel se dio media vuelta y cruzó el salón a toda prisa. Atravesó el pasillo y entró en su cuarto, ordenado a «su manera».

Cerró la puerta y soltó la mochila sobre la silla. Lugo sacó la guitarra de su funda, se sentó sobre la cama y, tras respirar hondo, comenzó a tocar muy despacio, intentando que sus dedos hiciesen lo que su cerebro les ordenaba. Pero no siempre ocurría. Daniel se equivocaba, intentaba presionar con sus yemas las cuerdas y continuar tocando la sencilla canción que estaba estudiando: el Himno de la alegría.

Aquella tarde era muy importante para él. Salió con su madre una hora antes de la cita, caminaron durante treinta minutos atravesando calles que Daniel intentaba memorizar, y llegaron a su destino: el Conservatorio Elemental de Música Manuel de Falla.

Daniel estaba muy nervioso y Concha, que lo conocía como solo una madre puede conocer a un hijo, le agarró la mano durante unos segundos para intentar transmitirle un poco de serenidad. Daniel la miró y le sonrió. Aquella tarde se celebraban los exámenes de ingreso para el nuevo curso del conservatorio elemental. Los padres de Daniel habían cursado la prescripción en junio y ahora, recién comenzado el nuevo año escolar, tocaba examinar a los aspirantes.

Concha y Daniel entraron en el edificio y un conserje, con una lista en la mano, le preguntó el nombre del chico y la fecha de nacimiento. Tras escuchar la respuesta, les señaló el aula número siete, subiendo la escalera a la derecha.

El edificio era un hervidero de niños con sus padres, y algunos adultos que se habían decidido a probar suerte con una de las cuarenta y ocho plazas que habían ofertado ese año. A decir verdad, los niños lo tenían un poco más fácil porque los menores de catorce años tenían preferencia para ocupar las plazas.

Subieron la escalera y se dirigieron a la entrada de la clase, donde al menos veinte personas aguardaban a que fuesen llamados para examinarse. Daniel reconoció a Lourdes, de cuarto C, y a Juan Román, de quinto curso, quien, por lo que él sabía, esta era la tercera vez que lo intentaba.

La puerta se abrió a las seis en punto y una mujer de unos treinta años salió con un listado en la mano y leyó varios nombres, entre ellos el de Daniel. Concha dio un beso a su hijo, que se sonrojó al instante y entró en el aula. La clase era espaciosa y todos los pupitres habían sido colocados en la parte de atrás para dejar libre el centro, donde se colocaron los aspirantes. Frente a ellos, cuatro mesas con sus correspondientes sillas donde aguardaban sentados los miembros del tribunal.

La mujer del listado comprobó sus nombres y los dispuso frente al jurado. Daniel estaba muy nervioso y tragó saliva.

—Bueno, para empezar, una profesora marcará en el piano unos compases y vosotros deberéis imitarlos con palmadas, ¿de acuerdo? Empezaremos por la izquierda.

Una profesora, con un teclado pequeño sobre la mesa, marcó un ritmo y se detuvo. El chico de la izquierda, de unos diez años, la imitó con las palmas como pudo. Después continuó el siguiente, y así hasta que le llegó el turno a Daniel, que era el último de la fila. La profesora marcó el compás y Daniel, concentrado y atento, palmeó el ritmo.

Los miembros del jurado fueron tomando sus notas y continuaron con el siguiente ejercicio, que consistía en una prueba de audición. Un profesor cantaba unas notas y el aspirante debía imitarlo. Aquí se complicó, puesto que algunos niños parecían haber escuchado otra cosa al oír su interpretación.

Por último, cada aspirante debía cantar un tema libre. Uno de los chicos, de al menos trece años, cantó con una voz grave un tema que Daniel no conocía pero que le gustó. Una niña interpretó unas estrofas de un cantante de moda y Daniel, que tan solo deseaba aprender a tocar la guitarra flamenca, decidió interpretar un fandango del Cabrero que su padre siempre ponía en el coche cuando iban a la playa:

La libertad y el universo, mi Dios
mi patria es la libertad
mi bandera la razón
mi camino la verdad
así es como pienso yo…

El jurado los despidió y, en silencio, tomaron notas de cada uno para la evaluación que publicarían en un par de semanas. Daniel salió muy tranquilo de la sala, como si hubiese dejado en el aula todos sus nervios tras el examen. Concha, al verlo salir, no pudo reprimir cierta inquietud por su hijo. De nuevo, la mujer que tenía un listado en la mano comenzó a llamar a otra tanda de aspirantes.

—¿Cómo ha ido, hijo?

—Bueno, creo que muy bien, al menos no me he equivocado con el ritmo —respondió sonriendo.

Daniel, cada tarde y después de hacer los deberes, caminaba solo durante media hora. La primera vez, intentando no perderse, y las siguientes, disfrutando del camino. Diez días después del examen y, como si de una necesidad vital se tratara, sumido en sus pensamientos, recorría la distancia que separaba su casa del conservatorio, consultaba el tablón de anuncios y se marchaba a jugar al fútbol con sus amigos hasta la hora de cenar.

A mediados de la tercera semana, unas listas enumeraban los nombres de los seleccionados y los instrumentos a los que eran asignados, por orden de nota y preferencia. Los más complicados de acceder eran violín y piano, con ocho plazas cada uno. Pero Daniel no deseaba tocar esos instrumentos. Su sueño, su destino o tal vez la ilusión de un niño de nueve años era la guitarra y, tras el cristal que protegía aquellos documentos, su nombre estaba escrito con tinta negra y, sencillamente, nunca olvidaría ese día.